



REMANDO COMO UN SOLO HOMBRE.
La historia del equipo de remo que humilló a Hitler.
Daniel James Brown
Nórdica, 2015
464 pgs. / 19,95 € / eBook 9,99 €



En el verano de 1936, nueve remeros, estudiantes de la Universidad del estado de Washington, humillaron a Hitler, a Goebbels y a varios dirigentes nazis que presenciaban la final olímpica en el canal de remo de Grünau, a orillas del Langer See. Eran hijos de la Gran Depresión, muchos con orígenes humildes, e hicieron pedazos el guión que la propaganda nazi había diseñado para demostrar la supremacía alemana.

■ ■ Bienvenidos al Tercer Reich. No somos lo que dicen que somos", proclamaba un letrero en la Berlín olímpica de 1936. En 1931, más de un año antes de la llegada de Hitler al poder, la ciudad alemana había sido elegida como sede de los Juegos Olímpicos que se disputarían cinco años más tarde. Si bien es cierto que el nuevo líder alemán no se había mostrado especialmente atraído por la idea, pronto se convenció de que podía jugar a favor de sus intereses por dos motivos fundamentales: el primero de ellos, que los Juegos podrían ser el escenario perfecto en el que quedara demostrada, delante de todo el mundo, la supremacía de la raza aria; en segundo lugar, vendería una imagen amable y moderna de Alemania mientras los nazis ganaban tiempo para concretar sus conocidos planes. Como señala Daniel James Brown en *Remando como un solo hombre* (Nórdica/Capitán Swing), se trataba de mostrar la mejor cara de Alemania. "Hitler sabía que a Occidente le resultaría más fácil movilizarse contra un país de bárbaros que contra un país civilizado". No bastaba con que la deslumbrante actuación de los atletas alemanes y la extraordinaria puesta en escena quedara grabada en la mente de los asistentes al espectáculo olímpico en Berlín. El gigantesco ejercicio de propaganda orquestado por Joseph Goebbels no tendría sentido si sus resultados no eran contemplados por todo el mundo y es ahí donde entraba en juego una poderosa y admirada mujer, Leni Riefenstahl, cuya determinación y destreza al frente de

una cámara quedó reflejada en la película *Olympia*, un monumental ejercicio cinematográfico en el que registró la grandeza de los Juegos. Riefenstahl fue pionera en la realización de grandes eventos. Utilizó zepelines para los planos aéreos, raíles para los travelling y excavó hoyos en el suelo para poder meter cámaras que filmaran los contrapicados. Imágenes como las que obtuvo de los atletas que compitieron en el verano de 1936 apenas tenían precedentes y, al margen de sus ambiciones creativas, estaban encaminadas a contribuir a la gigantesca y grandiosa puesta en escena diseñada por Goebbels y los dirigentes del nazismo. Sin embargo, el guión de *Olympia*, escrito en parte por la actuación de los propios atletas, escapa en muchas ocasiones al control de Goebbels y de Hitler. El metraje contiene dos sonoros guantazos en la cara del nazismo y en su intento de consolidar la imagen de superioridad de la raza aria. El primero de ellos viene de los cuatro oros que consiguió un atleta negro como Jesse Owens. El segundo fue la milagrosa victoria obtenida por el equipo de remo en embarcación de ocho de la Universidad del estado de Washington. Muchos de ellos eran de origen humilde, hijos de madereros, trabajadores de los astilleros y agricultores que llegaron al equipo a principios de los años

► EQUIPO DE REMO OLÍMPICO DE ESTADOS UNIDOS DE LA UNIVERSIDAD DE WASHINGTON, 1936 (de izq. a dcha.): Don Hume, Joseph Rantz, George E. Hunt, James B. McMillin, John G. White, Gordon B. Adam, Charles Day y Roger Morris. En el centro, Robert G. Moch.

LA MEDALLA DE ORO QUE SILENCIÓ A LOS NAZIS

La humillante derrota de Hitler
en los Juegos Olímpicos de 1936



Olympia recogió dos sonoros guantazos en la cara del nazismo y en su intento de consolidar la imagen de superioridad de la raza aria

► treinta, cuando todavía no se había detenido la onda expansiva de la Gran Depresión.

VACAS FLACAS

En 1933, mientras Hitler conspiraba para llegar al poder en Alemania, Estados Unidos vivía un momento especialmente duro. "Era el cuarto año de la Gran Depresión", indica Daniel James Brown en su obra: "Uno de cada cuatro estadounidenses en edad laboral —diez millones de personas— no tenía trabajo ni ninguna perspectiva de encontrarlo, y solo una cuarta parte recibía algún tipo de ayuda. [...] Los ahorros de incontables familias estadounidenses habían desaparecido para siempre. Nadie sabía cuándo se acabarían las vacas flacas, o si algún día se acabarían".

En ese contexto de crisis económica, se habían celebrado en Los Ángeles los Juegos Olímpicos de 1932, en los que el equipo de remo de ocho de la Universidad de California obtuvo la medalla de oro. Casi dos mil kilómetros al norte, también en la costa oeste, el programa de remo de la Universidad de Washington, en Seattle, buscaba equilibrar la balanza y plantar cara al dominio californiano. Ningún entrenador del estado del noroeste había estado cerca del lograr siquiera la clasificación para los Juegos Olímpicos. Joe Rantz, un chico de origen humilde que había tenido que trabajar muy duro para poder llegar a la universidad, se acercó al pabellón de remo de Seattle un día de octubre de 1933 con la intención de ser seleccionado para el equipo. Como explica Daniel James Brown, para alguien como Rantz, "fracasar

como remero significaba, como mínimo, volver a un pueblo inhóspito de la península Olímpica, —situada junto a las aguas del Pacífico, en el estado de Washington—, sobrevivir como pudiera con trabajosillos, buscando comida, y quizá, si tenía mucha suerte, encontrar otro empleo en la construcción de una autopista para la *Civilian Conservation Corps*. En el peor de los casos suponía unirse a una larga cola de hombres desesperados delante de un comedor social".

En aquella época, además, el remo universitario tenía una gran consideración y contaba con un buen número de seguidores. "El dolor de garganta de un timonel podía aparecer en los titulares", indica Brown en su libro. Rantz fue seleccionado, pero aquel sería solo el inicio de una carrera que alcanzaría su punto más alto tres años después, en las aguas del canal olímpico de remo en Alemania.

LAS DOS CARAS DE ALEMANIA

En Berlín comenzaba la construcción de las instalaciones para la gran cita, y entre ellas destacaba el futuro estadio, con capacidad para más de cien mil personas y un enorme complejo deportivo alrededor. El resultado debía ser un "testimonio del gran ingenio alemán, de su superioridad cultural y de su creciente poder".

Mientras los nazis se afanaban en levantar un escenario colosal para representar su grandeza, pero también su amabilidad y su modernidad ante el resto del mundo, la persecución contra judíos, gitanos y otros ciudadanos alemanes que no encajaban en el patrón nazi se volvió más violenta. En 1935, a raíz de la celebración en Nuremberg del Congreso del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán se adoptaron una serie de leyes que suponían un paso más en la política de discriminación y terror aplicada por los nazis.

► ADOLF HITLER inaugurando los Juegos Olímpicos el 1 de agosto de 1936.



La Ley de Ciudadanía del Reich y la Ley para la Protección de la Sangre Alemana y el Honor Alemán sirvieron para distinguir a los "ciudadanos" alemanes de los súbditos judíos



◀ **BOBBY MOCH**, el timonel de la Universidad de Washington, era de origen judío.

Entre otras cosas, se dio luz verde a dos normas que definieron la actuación de Hitler mientras estuvo en el poder: La Ley de Ciudadanía del Reich y la Ley para la Protección de la Sangre Alemana y el Honor Alemán que, en esencia, sirvieron para distinguir a los "ciudadanos" alemanes de los súbditos judíos, para prohibir la unión entre ambos y cerrar el acceso de los últimos a puestos de trabajo. Una de las consecuencias fue la exclusión de los atletas judíos que iban a participar en los Juegos representando a Alemania.

Mientras esto sucedía en suelo alemán, varias voces se alzaron en el resto del mundo y también en Estados Unidos para pedir el boicot a los Juegos Olímpicos de Berlín. Sin embargo, en el caso americano, estas reivindicaciones no tuvieron ningún éxito e incluso



HOOVERVILLES

Durante los años de la Gran Depresión, muchas familias norteamericanas perdieron todo lo que tenían y tuvieron que buscar refugio en asentamientos precarios en los que construían sus propias viviendas, en este caso, chabolas, muchas veces con materiales como el cartón o restos de metal y de madera. Estos asentamientos fueron llamados Hoovervilles, por el presidente Herbert Hoover que dirigió el país en pleno estallido de la crisis y hasta 1933, cuando fue elegido Franklin Delano Roosevelt. Los Hoovervilles se repartían por todo el país.

Uno de los más famosos era el que ocupaba parte de Central Park, en el centro de Manhattan. También había otro muy extenso en la ciudad de Seattle. John Steinbeck describió en *Las Uvas de la Ira* la miseria de los asentamientos que ocupaban los miles de norteamericanos que emigraron desde el interior del país hacia California con la esperanza de encontrar trabajo en el sector agrícola. Después de que estallara la guerra, y ya en los años cuarenta, la economía norteamericana empezó a despegar y los Hoovervilles desaparecieron.

contaron con la oposición del Comité Olímpico Estadounidense. Por si fuera poco, en lo que supuso una clara violación del Tratado de Versalles, las tropas alemanas entraron el 7 de marzo de 1936 en la zona desmilitarizada

de Renania. Apenas quedaban cuatro meses para los Juegos y la comunidad internacional no parecía alarmada por lo que estaba sucediendo en Alemania. Ajenos a lo que sucedía en Europa, Joe Rantz y el resto de los miembros ▶▶

Los atletas americanos fueron recibidos como héroes por los alemanes. Fue una más de las interpretaciones previstas por Hitler y Goebbels para transmitir una imagen amable de la nación

► del equipo de remo de la Universidad de Washington se presentaron en Princeton para competir en las pruebas clasificatorias. Washington derrotó a sus rivales por muchos motivos, pero sobre todo por la actuación de su pequeño timonel, Bobby Moch, un estratega de apenas 55 kilos de peso que desconocía un secreto familiar que su padre no revelaría hasta poco antes

de los Juegos Olímpicos: eran de origen judío. Era una cuestión esencial que el padre de Moch había decidido mantener oculta por temor a los prejuicios antisemitas en Estados Unidos.

Al llegar a Alemania a bordo del transatlántico *Manhattan*, los chicos del equipo de remo de Washington y el resto de la delegación olímpica norteamericana fueron recibidos como

héroes. Alemania era una nación amable que Goebbels, Hitler y compañía habían disfrazado convenientemente. Los edificios se limpiaron, la ciudad se envolvió en esvásticas perfectamente dispuestas, los indigentes fueron barridos como quien oculta la basura debajo del colchón, se quitaron los carteles que discriminaban a los judíos y se estableció una dura vigilancia para que aquellos periodistas que pretendían "ir más lejos", simplemente no lo hicieran. Según explica Daniel James Brown, el presidente del Comité Olímpico Norteamericano, Avery Brundage señaló después de recibir las llaves de la ciudad de Berlín: "Ningún país desde la antigua Grecia ha captado el espíritu olímpico como lo ha hecho Alemania". La estrategia no iba del todo mal.

Uno de los símbolos olímpicos más importantes, la antorcha y su recorrido desde Atenas hasta la ciudad donde se disputan los Juegos, es resultado del deseo de deslumbrar y de vincularse a la grandeza griega de los arquitectos de la propaganda nazi con Joseph Goebbels a la cabeza. Si bien es cierto que el encendido de la llama viene de los Juegos que se celebraron en Amsterdam en 1928, fue el alemán Carl Diem quien propuso que la antorcha hiciera el recorrido desde Atenas a Berlín. Goebbels

recogió la idea con entusiasmo. En los juegos de la antigua Grecia, los ganadores de la prueba de pentatlón tenían derecho a encender una antorcha en el altar de Zeus y también existían carreras de relevos en las que se utilizaban antorchas y que se celebraban en determinadas festividades. A partir de esa idea surgió la posibilidad de que la llama hiciera el recorrido desde Atenas hasta Berlín. De este modo, uno de los momentos más emotivos de los Juegos tiene su origen en la Alemania nazi.

EL MOMENTO DECISIVO

Rantz, Moch y el resto del equipo llegaron hasta Köpenick, cerca del canal de remo de Grünau, a orillas del Langer See. Durante los días previos al inicio de la competición, entrenaban por la mañana y después paseaban por Berlín. Cuando los alemanes les reconocían, les saludaban al grito de *¡Heil, Hitler!*, a lo que ellos empezaron a responder con un *¡Heil, Roosevelt!*

Sin embargo, no todo era diversión en la expedición. Don Hume, que ocupaba el importante puesto de remero de popa, fundamental para marcar el ritmo que debía seguir el resto de los integrantes del bote, había caído enfermo y apenas podía salir de la cama. Para el día 12 de agosto, cuando tenía que disputarse la prueba clasificatoria para entrar en la final, Hume había perdido seis kilos con respecto a su peso habitual. Estuvo en la cama todo el día, hasta que por la tarde, el entrenador, Al Ulbrickson lo metió en el autobús que les llevaría hasta el canal de remo. A pesar del estado de salud de Hume y de

LA ANTORCHA OLÍMPICA, UN INVENTO NAZI



◀ LA ANTORCHA OLÍMPICA recorriendo las calles de Berlín, camino del Estadio Olímpico.

© U.S. National Archives

la competencia que representaba Gran Bretaña, el equipo americano ganó su eliminatoria y se clasificó directamente para la final. Hume se desplomó encima del remo al terminar la regata de dos millas, pero al menos podría descansar al día siguiente, a diferencia de los integrantes del resto de los equipos que no habían logrado entrar de forma directa en la final. La primera plaza en la eliminatoria les daba derecho también a remar por uno de los carriles más favorables, aquellos que estaban menos expuestos al viento. Sin embargo, el día anterior, las normas cambiaron y casualmente favorecieron a Alemania y a Italia, que ocuparían el primer y segundo carril, mientras que Gran Bretaña y Estados Unidos competirían por los que presentaban más dificultades, el quinto y sexto. Al igual que en otras sedes de los Juegos, la sombra de la manipulación apareció también por el canal de remo.

La mañana de la final, Don Hume no estaba en condiciones de subirse a un bote de remos y Al Ulbrickson decidió sustituirle. Al conocer la noticia, sus compañeros explicaron que les resultaría imposible remar sin Hume. Juntos, los ocho muchachos y el timonel Bobby Moch habían alcanzado tal nivel de sintonía y compenetración, que habían logrado que nueve personas remaran como un solo hombre. "Tiraremos de él hasta la meta. Mételo. Solo para que nos acompañe", le dijo Bobby. Y así lo hizo Ulbrickson.

En las imágenes que Leni Riefenstahl grabó para *Olympia* después de la regata, se ve a los timoneles de los equipos y a algunos de los remeros simulando el esfuerzo que tuvieron que hacer realmente en la final. Es un ejercicio narrativo brillante y novedoso, que completaba el despliegue de cámaras que sí habían filmado la prueba y que registraron el ensordecedor ¡*Deutschland!* ¡*Deutschland!* que gritaba la multitud enardecida que había visto cómo los alemanes arrasaban en las otras pruebas de remo. Fue una reconstrucción eficaz, pero no

era del todo real. Si lo hubiese sido, habría recogido el desconcierto de los muchachos del equipo de Washington

al despistarse en la salida y comprobar que el resto de los equipos remaba con fuerza mientras ellos estaban



◀ **AL ULBRICKSON**, entrenador del equipo de remo de la Universidad de Washington.



▼ **EQUIPO ALEMÁN DE REMO** en la línea de salida. 14 de agosto 1936.



parados. Habría reflejado el rostro desencajado de Hume, perdido en un mar de esfuerzo y dolor mientras Moch le pedía que aumentara el ritmo para alcanzar a alemanes e italianos. Y sobre todo, habría mostrado el momento en el que, exhaustos, cruzaron la meta y alguien pudo hablar para susurrar: "¿Quién ha ganado?" y Richard Morris alcanzó a decir: "Pues...nosotros... creo". Hitler, que había presenciado las pruebas con orgullo, se dio la vuelta y se marchó inmediatamente. Como señala Daniel James Brown, "Goebbels, Göring y el resto del altos cargos nazis correataron detrás de él".

LA AMISTAD DE 24 KILATES DE JESSE OWENS Y LUTZ LONG



Owens era el favorito para llevarse el oro en la prueba de salto de longitud, pero para ello, debía batir a sus rivales, y entre ellos estaba el alemán Lutz Long, un atleta que respondía a los patrones de la raza aria expuestos por los ideólogos del nazismo. En un estadio abarrotado, Long batió el record olímpico, mientras que Owens hizo "nulo" en sus dos primeros saltos y se enfrentaba a la eliminación si fallaba también en el tercero. Entonces, el alemán hizo algo que casi nadie esperaba —desde luego no Hitler—. Se acercó a Owens y le aconsejó que no arriesgara en su tercer intento y saltara mucho antes de la línea, puesto que necesitaba una marca muy accesible para él para clasificarse para la final. El norteamericano le hizo caso y pasó a la final sin arriesgar. Entonces, ya en la fase definitiva, ganó el oro y Lutz Long consiguió la plata. Al igual que hizo en la competición de remo, el Führer abandonó el estadio mientras Owens y Long celebraban sus medallas y se fotografiaban juntos. Sería solo el comienzo de una amistad que se prolongaría hasta la muerte del alemán en 1943, cuando fue herido durante la invasión aliada de Sicilia, mientras combatía en el bando de las tropas de Hitler. El espíritu olímpico de Long fue reconocido con la medalla Pierre de Coubertin a título póstumo. Owens escribiría después: "Se podrían fundir todas las medallas y copas que gané, y no valdrían nada frente a la amistad de 24 quilates que hice con Lutz Long en aquel momento". Las familias de los dos atletas mantuvieron el contacto y en el año 2009, con motivo de la celebración de los Mundiales de atletismo en Berlín, Marlene Dortch Owens, nieta de Jesse y Kai Long, hijo de Lutz, se reunieron para entregar las medallas a los atletas de la prueba de salto de longitud.

La medalla de oro del equipo de remo del estado de Washington no fue la única bofetada que recibió el régimen nazi durante los Juegos Olímpicos del verano de 1936. Ni siquiera fue la más conocida. La historia de Lutz Long y Jesse Owens es el paradigma del espíritu olímpico. Para Hitler, la posibilidad de que un atleta negro, nieto de un esclavo de Alabama, ganara cuatro medallas de oro, era mucho más que una cuestión molesta. Ponia en duda la supremacía de la raza aria, una de las bases sobre la que asentaría la expansión de su imperio y desarrollaría sus demenciales ideas.